



Toledo y allanó la revuelta: echados aquellos sacerdotes que fueron autores y ejecutores de aquel mal consejo, puso en su lugar monjes del monasterio de Sahagun, en que él fuera ántes abad: ocasion, segun dicen algunos, que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monjes y ceremonias se pegaron á la iglesia Mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el dia de hoy.

Hecho esto, se puso de nuevo en camino: legado á Roma, fué forzado por el pontífice Urbano á volver atras por quedar en España tanta guerra, y porque Toledo, por ser de nuevo ganada, parecia tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvióle del voto que tenía hecho de ir á la Tierra Santa, á tal que los gastos y dinero que tenía apercebido para aquella guerra, emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazón era vuelta á poder de los cristianos. Era muy noble antiguamente, y poderosa por su antigüedad y ser silla del imperio romano en España; mas en aquel tiempo se hallaba reducida á caseríos y era un pueblo pequeño. Reparóla, pues, D. Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario, obispo de Vique, ciudad que quiso asimismo fuese sufragánea de Tarragona, para más autorizarla; la verdad es que el nuevo arzobispo Berengario, olvidado deste beneficio, puso despues pleito á Bernardo, que le habia entronizado, sobre el derecho de la primacia por antiguas historias, ejemplos y escrituras desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia, como quier que el de Toledo, por concesion muy fresca del pontífice Urbano, no sólo alcanzó para sí y para siempre el primado de toda España, sino de presente, como legado del pontífice romano, tenía superioridad sobre todas las iglesias, y poder de ordenar sus cosas y enderezallas, dalles prelados y reformallas.

Con este intento de ejecutar lo que le ordenó el papa, de Francia, cuando por aquella provincia volvía á España, trajo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad, honrólas de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Mosiaco, que luégo le hizo primicerio ó chantre de Toledo, despues arzobispo de Braga; Pedro, natural de Búrges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma: al uno y al otro, la santidad de la vida y excelente virtud, puso en el número de los santos. Fuera destes, vinieron Bernardo y Pedro, naturales de Aagen; Bernardo, de primicerio de Toledo, fué obispo de Sigüenza y despues de Santiago; Pedro, de arcediano de Toledo, subió á ser prelado de Segovia: otro Pedro, obispo de Palencia: Jerónimo, natural de Perigueux, que á instancia del Cid tuvo cuidado de la iglesia de Valencia, luégo que la ganó á los moros; y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora: muerto éste, otro Bernardo, del mismo número, fué el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebaño, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raimundo y Burdino: Raimundo, natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro, de suso nombrado, fué obispo de Osma, y adelante, prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo: Burdino, natural de Limoges, de arcediano de Toledo, pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga: últimamente se hizo falso pontífice romano, de que resultó discordia sin propósito y cisma en el pueblo cristiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones excelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo, como en otro lugar más á propósito se declarará.

CAPÍTULO LIV

Cómo el Cid ganó á Valencia.

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Vivar, por sobrenombre el Cid: varon grande en obras, consejo, esfuerzo y en el deseo increíble que siempre tuvo de adelantar las cosas de los cristianos, y á cualquier parte que se volviese, por aquellos tiempos el más afortunado de todos. No podia tener sosiego, ántes con licencia del rey D. Alonso, en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra del Andalucía (como de suso queda dicho) con particular compañía de los suyos revolvió sobre los Celtiberos, que eran donde ahora los confines de Aragon y Castilla, con esperanza de hacer allí algun buen efecto por estar aquella gente con la fama de su valor amedrentada. Todos los señores moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban á porfia su amistad. El señor de Albarracin, ciudad que los antiguos llamaron, quién dice Lobeto, quién Turia, fué el primero á quien el Cid admitió á vistas y luégo á concertos: despues el de Zaragoza, al cual por la grandeza de la ciudad fué el Cid en persona á visitar. Recibióle el moro muy bien, como quier que tenía grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los cristianos que llevaba. La

ciudad de Valencia está situada en los pueblo llamados antiguamente Edetanos, á la ribera del mar en lugares de regadío, y muy frescos y fértiles, y por el mismo caso de sitio muy alegre. Demas desto, así en nuestra era como en aquel tiempo era muy conocida por el trato de naciones forasteras que allí acudian á feriar sus mercaderías, y por la muchedumbre, arreo y apostura de sus ciudadanos. Hiaya, que dijimos fué rey de Toledo, tenía el señorío de aquella ciudad por herencia y derecho de su padre, ca fué sujeta á Almenon. El rey don Alonso otrosí como se concertó en el tiempo que Toledo se entregó, le ayudó con sus armas para mantenerse en aquel estado.

El señor de Denia, que lo era tambien de Játiva y de Tortosa, quier por particulares disgustos, quier con deseo de mandar, era enemigo de Hiaya, y trabajaba con cerco aquella ciudad. El rey de Zaragoza pretendia del trabajo ajeno y discordia sacar ganancia. Los de Valencia le llamaron en su ayuda, y él deseaba luégo ir, por entender se le presentaria por aquel camino ocasion de apoderarse de los unos y de los otros. Concertóse con el Cid, y juntas sus fuerzas con él fué allá. El señor de De-



nia, por no ser igual á tanto poder, luégo que le vino el aviso de aquel apercibimiento, alzó el cerco concertándose con los de Valencia. Quisiera el de Zaragoza apoderarse de Valencia; que al que quiere hacer mal, nunca le falta ocasion.

El Cid nunca quiso dar guerra al rey de Valencia: excusóse con que estaba debajo del amparo del rey D. Alonso su señor, y le sería mal contado si combatiése aquella ciudad sin licencia, ó le hiciese cualquier desaguisado. Con esto el de Zaragoza se volvió á su tierra. El Cid, con voz de defender el partido del rey de Valencia, sacó para sí hacer como hizo sus tributarios á todos los señores moros de aquella comarca, y forzar á los lugares y castillos que le pagasen párias cada un año. Con esta ayuda y con las presas que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algun tiempo los gastos de la guerra.

El rey Hiaya, como fuese ántes aborrecido, de nuevo por la amistad de los cristianos lo fué más; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron á los almoravides, que á la sazón habian extendido mucho su imperio, y con su venida fué el rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato, llamado Abenjafa, como por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid, deseoso de vengar la traicion, y alegre por tener ocasion y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir á los contrarios. Tenía aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era á propósito para la guerra, guarnicion de soldados, gran muchedumbre de ciudadanos, mantenimientos para muchos meses, almacen de armas y otras municiones, caballos asaz: la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con gran determinacion aquella empresa; duró el sitio muchos dias. Los de dentro, cansados con el largo cerco y reducidos á extrema necesidad de mantenimientos, demas que no tenían alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron. El Cid con el mismo esfuerzo que comenzó aquella demanda, pretendió pasar adelante: lo que parecia locura, se resolvió de conservar aquella ciudad:

hazaña atrevida, y que pusiera espanto áun á los grandes reyes, por estar rodeada de tanta morisma. Determinado pues en esto, lo primero llamó á Jerónimo, uno de los compañeros del arzobispo D. Bernardo, desde Toledo para que fuese obispo de aquella ciudad. Demas desto hizo venir á su mujer y dos hijas, que como arriba se dijo las dejó en poder del abad de San Pedro de Cardena. Al rey, por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su mujer y hijas se fuesen para él, envió del botín y presa de los moros doscientos caballos escogidos y otros tantos alfanjes moriscos colgados de los arzones, que fué un presente real.

En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrion Diego y Fernando, personas en aquella sazón en España por sangre y riquezas nobilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrian hartar su codicia por no tener hijo varon que le heredase, acudieron al rey y le suplicaron les hiciese merced de procurar y mandar les diesen por mujeres las hijas del Cid doña Elvira y doña Sol. Vino el rey en ello, y á su instancia y por su mandato se juntaron á vistas el Cid y los infantes de Requena, pueblo no léjos de Valencia: hicieron las capitulaciones; con que los infantes de Carrion en compañía del Cid pasaron á Valencia para efectuar lo que deseaban. Las bodas se hicieron con grandes regocijos y aparato real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos, como quier que eran más apuestos y galanes que fuertes y guerreros, no contentaban en sus costumbres á su suegro y cortesanos criados y curtidos en las armas. Una vez avino que un leon, si acaso si de propósito no se sabe, pero en fin como se soltase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro dia en una escaramuza que se trabó con los moros que eran venidos de África, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así que ordinariamente la cobardía es hermana de la crueldad. Suero, tio



de los mozos, en quien por la edad era justo hobiera algo más de consejo y de prudencia, atizaba el fuego en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendian hacer, dieron muestra de desear volver á la patria. Dióles el suegro licencia para haello.

Concertada la partida, acompañado que hobó á sus hijas y yernos por algun espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban, y como de callada adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron á las fronteras de Castilla, y pasado el rio Duero, en tierra de Berlanga les parecieron á propósito para ejecutar su mal intento los robledales llamados Corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaban, con achaques diferentes á unas y otras partes; á sus mujeres sacaron del camino real, y dentro del bosque donde las metieron, desnudas, las azotaron cruelmente, sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fe y ayuda de los hombres y de los santos. No cesaron de herirlas hasta tanto que, cansados, las dejaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte las halló Ordoño, el cual por mandato del Cid, que se recelaba de algun engaño, en traje disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló más cerca, las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, la inhumanidad intolerable, y divulgado el caso, los infantes de Carrion cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hobiesen trocado beneficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente, los que ántes sabian poco, comenzaron á ser en adelante tenidos por de seso menguado y sandios. El Cid, con deseo de satisfacerse de aquel caso y volver por su honra, fué á ver al rey. Teníanse á la sazón en Toledo córtés generales, y hallábanse presentes los infantes de Carrion, bien que afeados é infames por hecho tan malo. Tratóse el caso, y á pedimento del Cid, señaló el rey jueces para determinar lo que se debía hacer. Entre los demas, era el principal D. Ramon Borgoñon, yerno del rey. Ventilóse el negocio: oidas las partes, se cerró el proce-

so. Fué la sentencia primeramente, que los infantes volviesen al Cid enteramente todo lo que dél tenían recibido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata y todas las demas preseas de grande valor. Acordaron otrosi, que para descargo del agravio combatiesen é hiciesen armas y campo, como era la costumbre de aquel tiempo, los dos infantes y el principal movedor de aquella trama, Suero, su tio. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos, hombres principales, Bermudo, Antolin y Gustio. Los infantes, acosados de su mala conciencia, no se atrevian á lo que no podian excusar; dijeron no estar por entónces apercebidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fué á Valencia, ellos á sus tierras. No paró el rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrion, y esto por tener entendido que no volverian á Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto los vencedores se volvieron para su señor á Valencia. Las hijas del Cid casaron, doña Elvira con D. Ramiro, hijo del rey D. Sancho García de Navarra, al que mató su hermano D. Ramon, como queda arriba dicho; y doña Sol con D. Pedro, hijo del rey de Aragon, llamado tambien D. Pedro, que por sus embajadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De D. Ramiro y doña Elvira nació Garcí Ramirez, rey que fué adelante de Navarra. D. Pedro falleció en vida de su padre sin dejar sucesion. Con estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afrenta é injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos.

La fama de las hazañas del Cid, derramada por todo el mundo, movió en esta sazón al rey de Persia á enviarle sus embajadores. Esto hizo mayor y más colmado el regocijo de las fiestas; que un rey tan poderoso de su voluntad desde tan léjos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. Á vista de Valencia, por dos veces, en diversos tiempos se dió batalla al rey Bucar que de África pasára en España, y por el esfuerzo del Cid



y su buena dicha fueron vencidos los bárbaros, y se conservó la posesion de aquella ciudad por toda su vida, que fueron cinco años despues que la ganó. Llegó la hora de su muerte en sazón que estaba el mismo Bucar con un nuevo ejército de moros sobre la ciudad. Visto el Cid que muerto él no quedaban bastantes fuerzas para defendella, mandó en su testamento que todos hechos un escuadron se saliesen de Valencia y volviesen á Castilla. Hízose así; salieron varones, mujeres, niños y gran carruaje y los estandartes enarbolados. Entendieron los moros que era un grueso ejército que salia á darles la batalla. Temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase á la buena dicha de varón tan señalado que á los que tantas veces en vida venció, despues de finado tambien les pusiese espanto y los sobrepujase.

Los cristianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar á la raya de Castilla. Con tanto, Valencia, por quedar sin alguna guarnicion, volvió al momento á poder de moros.

Al partirse llevaron consigo los que se retiraban el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardaña, monasterio que está cerca de Búrgos. Las exequias fueron reales; halláronse en ellas el rey D. Alonso y los dos yernos del Cid, cosa muy honrosa, pero debida á tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narracion; yo tambien muchas más cosas traslado que creo, porque ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que á ello me mueven y otros las ponen. En el templo de San Pedro de Cardaña se muestran cinco lucillos del Cid; de doña Jimena, su mujer; de sus hijos D. Diego, doña Elvira, y doña Sol. Si por ventura no son sepulcros vacíos, que en griego se llaman cenotafios, á lo ménos algunos dellos que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar sus memorias, como suele acontecer muchas veces, que levantan algunos sepulcros en nombre de los que allí no están enterrados.

CAPITULO LV

Cómo fallecieron el papa Urbano, el rey Juzeph y el infante D. Sancho.

Gran daño recibieron con la muerte del Cid las cosas de los cristianos por faltar aquel noble caudillo, con cuyo esfuerzo se conservaron en tiempo tan trabajoso y en tan grande revuelta de temporales. La virtud del difunto, la gravedad, la constancia, la fe, el cuidado de defender la religion cristiana y ensanchalla, ponen admiracion á todo el mundo. Del año en que murió no concuerdan los autores, ni es fácil anteponer los unos, ni la una opinion á la otra: parece más probable que su muerte cayó en el año del Señor de mil y noventa y ocho. En el mismo año el pontífice Urbano, trabajado con olas de diferentes cuidados por el cisma que Giberto, falso pontífice, levantó en tan mala sazón, para llegar ayudas de todas partes fué á Salerno con deseo de verse con Rogerio, conde de Sicilia, y valerse dél, cuya piedad y reverencia para con los romanos pontífices se alaba mucho por aquel tiempo, demas que por sus hazañas era muy esclarecido. Por estas obras y servicios que á la Iglesia hizo, le concedió á él y á sus herederos que en Sicilia tuviesen las veces de legado apostólico, y toda la autoridad que hoy llaman monarquía. Desta bula, porque es muy notable y provechoso que públicamente se sepa, y porque sobre este derecho han resultado grandes

controversias á los reyes de España, pondremos aquí un traslado en lengua castellana, que dice así: «Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios, al carísimo hijo Rogerio, conde de Calabria y de Sicilia, salud y apostólica bendicion. Porque la dignacion de la Majestad soberana te ha exaltado con muchos triunfos y honras, y tu bondad en las tierras de los sarracenos ha dilatado mucho la Iglesia de Dios, y á la santa silla apostólica se ha mostrado siempre en muchas maneras devota, te hemos recibido por especial y carísimo hijo de la misma universal Iglesia. Por tanto, confiados de la sinceridad de tu bondad, como lo prometimos de palabra así bien lo confirmamos con autoridad destas letras, que por todo el tiempo de tu vida ó de tu hijo Simon ó de otro que fuere tu legítimo heredero, no pondremos en la tierra de vuestro señorío sin vuestra voluntad y consejo legado de la Iglesia romana; ántes lo que hobiéremos de hacer por legado, queremos que por vuestra industria en lugar de legado se haga todas las veces que os enviáremos de nuestro lado, para salud, es á saber de las iglesias que estuvieren debajo de vuestro señorío, á honra de San Pedro y de su santa Sede Apostólica, á la cual devotamente hasta aquí has obedecido, y á la



»cual en sus necesidades has fuerte y fielmente acorrido. Si se celebrare otro concilio, y te mandare que envíes los obispos y abades de tu tierra, queremos que envíes cuantos y cuales quisieres; los demas retengas para servicio y defensa de las iglesias. El Omnipotente Dios enderece tus obras en su beneplácito, y perdonados tus pecados, te lleve á la vida eterna. Dado en Salerno por mano de Juan, diácono de la santa iglesia romana, á tres de las nonas de Julio, indiccion siete, del pontificado del señor Urbano II año oncenno.» Gaufredo, monje que trae esta bula, escribió su historia á petición del mismo conde Rogerio. La indiccion ha de ser seis para que concierte con el año que pone el pontificado y con el de Cristo que señalamos. Esto en Italia.

En España, por concesion del mismo pontífice, la silla y nombre episcopal de Iria (que es el Padron), se mudó en el nombre y cátedra compostellana ó de Santiago, y en particular la eximió de la jurisdiccion del arzobispo de Braga. Lo uno y lo otro se impetró por diligencia de Dalmachio, obispo de aquella ciudad, que por esta causa es contado por primero en el número de los obispos de Compostella. El rey D. Alonso, aunque agravado con la edad, de tal manera se ocupaba en el gobierno, que nunca se olvidaba del cuidado de la guerra: ántes por estos tiempos algunas veces hizo entradas en tierras de moros y correrías por los campos de Andalucía, mayormente que Juzeph, dado que hobo orden en las cosas del nuevo imperio de España, se volvió á África, y con su ausencia pareció que los cristianos por algun espacio cobraron aliento. Deste sosiego se aprovechó el rey para hermosear y ensanchar el culto de la religion en diversos lugares y de muchas maneras. En Toledo edificó á los monjes de San Benito un monasterio con título de los santos Servando y Germano, en un montecillo ó ribazo de piedra que está enfrente de la ciudad, no léjos do al presente se ve el edificio de un castillo viejo del mismo nombre; otros dicen que le reparó, y que en tiempo de los godos fué primero edificado; la verdad es que le sujetó al monasterio de San Víctor de Marsella, de do vino para moralle

entonces aquella nueva colonia y poblacion de monjes.

Dentro de la ciudad, á costa del rey, se edificaron dos monasterios de monjas, uno con nombre de San Pedro, en el sitio que al presente está el hospital del cardenal D. Pero Gonzalez de Mendoza; el otro, con advocacion de Santo Domingo de Silos, que en este tiempo se llama Santo Domingo el Antiguo. En la ciudad de Búrgos edificó fuera de los muros otro monasterio con nombre de San Juan; hoy se llama San Juan de Búrgos. Dió asimismo licencia á Fortun, abad de otro nuevo monasterio (que por aquel tiempo se llamaba de San Sebastian, y era muy principal en Castilla la Vieja; despues se llamó de Santo Domingo de Silos por haber este santo en él vivido y muerto santísimamente), de edificar un pueblo cerca del dicho monasterio, que en nuestro tiempo es de ciento y sesenta vecinos, aunque los muros tienen una anchura y capacidad para más, y es del duque de Frias, hoy condestable de Castilla. El año siguiente de mil y noventa y nueve fué señalado por la muerte del pontífice Urbano y por la toma de la ciudad de Jerusalem, que la ganaron los soldados cristianos. Sucedió por la muerte de Urbano el cardenal Rainerio, persona de grande bondad y experiencia, que por su predecesor fué enviado por legado en España. Tomó nombre de Pascual II. Éste, en el tiempo de su pontificado, concedió á la iglesia de Santiago, que á imitacion de la majestad romana tuviese siete canónigos cardenales y los obispos de aquella iglesia usasen del palio, insignia de mayor autoridad que la ordinaria de los otros obispos.

El año que luégo se siguió, es á saber, el de mil y ciento, fué no ménos alegre para los cristianos por la muerte de Juzeph, que por espacio de doce años tuvo el imperio de los moros en España, y el de África como treinta y dos, que aciago y desgraciado por la muerte que en él sucedió del infante D. Sancho. Era su ayo, por mandado del rey D. Alonso su padre D. García, conde de Cabra; criábale como á sucesor que habia de ser de reino tan principal. La desgracia sucedió desta manera. Hali, sucesor de Juzeph, deseando comenzar el nue-



vo imperio y ganar autoridad con alguna excelente hazaña y empresa, pasado el mar con un grueso ejército de moros que juntó en África, demas de otros que en España se le allegaron, entró por el reino de Toledo y llegó haciendo mal y daño hasta la misma ciudad: metió á fuego y á sangre sembrados, árboles, lugares, cautivó hombres y ganados.

El rey D. Alonso, por su gran vejez y por estar indispuerto, demas desto, cansado de tantas cosas como habia hecho, no pudo salir al eacuentro al enemigo bravo y feroz.

Envió en su lugar sus gentes, y por general al conde D. García; y para que tuviese más autoridad, quiso fuese en su compañía el infante D. Sancho, su hijo, dado que era de pequeña edad. Él se quedó en Toledo, donde en lo postrero de su edad residia muy de ordinario. Cerca de Uclés se dieron vista y juntaron los dos campos: ordenaron sin dilacion las haces: dióse la batalla de poder á poder, que fué grandemente desgraciada. Derribaron los moros al infante. Amparábale el conde D. García con su escudo, y con la espada arredraba, y aun detuvo por buen espacio los moros que lo rodeaban y acometian por todas partes. Su esfuerzo era tal, que los contrarios desde léjos le combatian, mas ninguno se atrevia á llegarle. El amor singular que tenía al infante, y el despecho (grande arma en la necesidad), le animaban. Finalmente, enflaquecido con las muchas heridas que le dieron los enemigos, por

ser tantos, cayó muerto sobre el que defendia. Este miserable desastre y muerte desgraciada, dió luégo á los bárbaros la victoria.

Cuánto haya sido el dolor del rey por tan gran pérdida, no hay para qué relatarlo: no le afligia más la desgracia y pérdida del hijo, que el daño de la república cristiana por faltar el heredero de imperio tan grande, que era un retrato de las virtudes de su padre, y parecia haber nacido para hacer cosas honradas. Preguntó el rey cuál fuese la causa de tantos daños como de los moros tenían recibidos: fué respondido, por cierta persona sábia, que el esfuerzo de los corazones estaba en los soldados apagado con la abundancia de los regalos, holguras y ociosidad, los cuerpos enflaquecidos con el ocio y los ánimos con la deshonestidad, fruto ordinario de la prosperidad. Mandó, pues, quitar los instrumentos de los deleites, en particular derribar los baños, que eran muy usados á la sazón en España, á imitacion de los moros. Alguna esperanza quedaba en D. Alonso, nieto del rey, que en doña Urraca, hija del mismo rey, dejó D. Ramon, su marido; mas era pequeño alivio del dolor, por la flaqueza de la madre y la edad deleznable del niño, en ninguna manera bastantes para acudir á cosas tan grandes. Con estos cuidados se hallaba suspenso el ánimo del rey: de dia y de noche le aquejaba el dolor y el deseo de poner remedio en tantos daños.